
MARTA
AZUL

LA PLAYA



La otra Marta Azul

No tiene foto. No sabemos exactamente quien es el autor o autora de este libro. El nombre que usa es Marta Pérez Serrano.

Este relato es el reverso de otro, que también se llama 'La Playa', publicado en La Playa de Madrid.

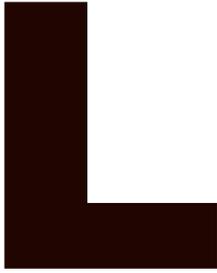
Alguien, a quien llamaremos *la otra Marta Azul*, nos envió las supuestas correcciones de ese primer relato. No se trata de meras correcciones, sino de una reescritura.

Lo curioso del caso, es que quien nos manda estas correcciones no es la Marta Azul original, sino otra persona. Casi nos engaña. Casi. Pero al hablar con la auténtica Marta Azul, la escritora del relato 'La Playa', y comentarle si, dadas las diferencias, deseaba publicar una segunda edición, ella se sorprendió -pues no había mandado ningún nuevo escrito.

El relato inicial tampoco era inocente: A su vez, Marta Azul, plagió el relato de un escritor. ¿Podría ser que el escritor a quien Marta Azul robó su relato sea la falsa Marta Azul? Podría ser. ¿Podría ser otra tercera persona? Podría.

Un juego donde hay varios jugadores, que ocultan sus cartas. Bien, nos gustan los juegos. Nuestra jugada es la publicación de este segundo relato.

Portada e ilustraciones son una inversión de las imágenes del relato original, realizadas por Teresa Irisarri.



a fina arena que comenzaba a relucir en tonos dorados con las primeras luces del alba estaba aún fresca por el transcurso de toda una noche en compañía de la gélida luna, que ahora cedía su puesto al astro rey

Y mientras esperaba el cálido momento de fundirme con el cosmos, tal como lo había logrado también una vez en sus brazos, el sol acariciaba tibiamente la orilla con diversos tonos anaranjados, propios del amanecer, hora amable incluso para aquellos a los que nos abordan las incertidumbres y somos presa del desasosiego.

El inmenso círculo solar continuaba el camino hacia su plenitud, sin percatarse quizá de la inmensa grandiosidad que le rodeaba, allá en el cielo, mientras aquí en la tierra de los humildes mortales, Él, que asistió a la vida y la muerte de tantos seres humanos como jamás pudiera imaginarse uno solo de ellos, permanecía inmutable a los ojos de la mayoría, para quien se había convertido en una presencia habitual de sus días y cuya ausencia no podían imaginar.

Yo, simplemente una persona más, tan parecida y tan distinta del resto, e incluso de mí misma, como cualquier otra, pero enredada en infinitas cavilaciones sobre el sentido de la vida estaba dejándome llevar por la música acompañada de las olas, como tantas otras que me habrían precedido en igual o similar situación a lo largo de los siglos, quizás incluso en aquel mismo lugar.

Allí me encontraba, admirando la belleza natural de la inmensa mar oceánica, reflexionando acerca de las sombras que atrapan y enloquecen incluso al corazón más férreo, e interrogándome acerca del acompañado ritmo con que se batían las olas sobre la arena, mientras recorría mi mente una turbamulta de extraños pensamientos, que habían entrado sin permiso en lo más recóndito de mi ser, impulsados sin duda por lo que había acontecido la noche anterior.

Solo un sueño me había hecho pensar en aquellos primeros instantes, cuando yo había consentido a su figura unirse primero de modo momentáneo y luego cada vez más perenne a la mía simplemente porque él deseaba estar tan cerca de mí como yo de él. Y es que esa atracción inicial, casi primitiva, era una sensación mágica, que surge del

encantamiento irracional siempre, pero más injusto aún para quien anhela enamorar y que de él se enamoren, considerándonos astros cuando no somos más que polvo de estrellas. Seducir, cautivar, trastornar el entendimiento no son sólo palabras, sino que son expresión de ciertas pasiones tratando de ser realizadas.

A solas con Él, lograba vislumbrar los grandiosos e inmortales paisajes celestes cuya extensión le parecía infinita para el insignificante tiempo del que disfrutamos los humanos en la inmensidad del universo.

De mis cabellos limonados se desprendía la calidez de sus manos tan hábiles y delicadas, con vida propia, que formaban parte de una esplendorosa imagen celestial, eterna y candorosa en la que quise descubrir un ángel de bondad ejemplar, al tiempo que sus cabellos del color de la arena parecían enredarse en mis pies y recorrer mi cuerpo.

Él centraba entonces el objeto de mis ensoñaciones, mientras allí sentada, bajo su luz, encogida y con las piernas abrazadas en un intento de sentirme envuelta, me embargaba una profunda ternura al pensar en el ser amado, en la plácida cadencia de su cuerpo mientras hacíamos el amor, en el espíritu noble que había conseguido someter la música rebelde del mío con la tranquilidad de un bravo domador, imponiendo mediante las órdenes mudas que expresaban sus ojos, con fuerza, pero con dulzura, la voluntad de su presencia decidida.

Un corazón más grande del que nunca hubiera imaginado poseer se estiraba como se expande el universo cuando su cuerpo se aproximaba al mío pues era mi propia inmensidad interior lo que me permitía abrazarlo, rodearlo completamente con mis brazos y estrecharlo contra mi pecho para sentir como su aroma se filtraba a través de mis fosas nasales y cada poro de mi piel.

Al abandonar aquella cala mi paz interior no hacía ahora sino reforzarse con las fuertes sacudidas de las olas, respirando la brisa de mar, picante de sal y yodo, pues me recordaban constantemente las ideas e impresiones que habían circulado durante una noche eterna por mi alma, gracias al poder cósmico del amor.

Los áureos rayos del sol que todavía luchaban por zafarse en una lucha desigual de las aguas infinitas hasta hacía unos instantes, pero que ahora las cubrían ya casi por completo, trajeron a la memoria del capitán el calor de sus labios y cómo su boca ardía

por efecto del dulce juego. Los respiros que nos concedíamos el uno al otro clamaban al cielo, o yo quería creerlo así, por convertirse en venturosas interrupciones de un eterno jugueteo amatorio.

Las primeras hojas del otoño, caídas para formar un lecho sonoro que amortiguara nuestros pasos, respondían a cada avance con palabras de amor, con acordes pensados únicamente para nosotros.

Es cierto que un minuto de baile con su amigo, cuya presencia sólo trataba de revelar a quien la conquista debía hacer mío, agujoneó sutilmente los puntos más sensibles de mi desconcertada conciencia, salpicando de agua espumosa el Triángulo de las Bermudas, lugar al que no quería regresar en esta nueva travesía.

Ella escuchaba en silencio al hombre marino sin presentir en ningún momento la bruma que se levantaba en el horizonte, y que minutos más tarde desencadenaría en un auténtico ciclón. Mientras tanto tenía lugar un encuentro con el dios Apolo, pero al estar ausente la deidad pintura seguimos los pasos de la música que se escuchaba a lo lejos, flotando por vagar, ya que a mí lo único que me importaba era estar a su lado y sumergirme en su acuática naturaleza marina.

Fue entonces cuando atónita tuve que capear el temporal como pude, partiendo de allí sola sin Febo, y con una sensación de ahogo que me impedían articular palabra, suponiendo algo más tarde que las frescas aguas de Neptuno diluirían continuamente su ira.

Sin comprender la pieza que faltaba para completar mi rompecabezas, me hice con una brújula y una carta de navegación y desde el faro más próximo mandé dos señales por la onda aguamarina, pero ante el vacío de respuesta, la inmensidad de aquellas aguas vidriosas hicieron palidecer el tenue color verde de mis ojos. Luche contra la corriente para vencer la turbulencia de los rápidos e intentar encontrar la serenidad en aguas calmas y puras.

Pero las ilusiones que nos seducen no son sino fantasías, quimeras y engaños sobre los que tienden a edificarse montañas sin pilares que las sustenten, aún a sabiendas de los peligros que las asedian.

Entonces emprendí sin rumbo fijo el regreso a no se dónde, no sé como, tomando como guía pasajera las sombras que construían para mí las suaves olas en la orilla, presentándome ante mí el Mar de la Tranquilidad, donde era mecida sin control por las corrientes submarinas cuya dirección no conocía. Y de pronto sin previo aviso sucedió. Ya no estaba allí, sino en un lugar remoto, distinto, pero igualmente bello, rodeada de nuevo de verdor y envuelta por el silencio de otras aguas, que paseaban tranquilas hacia el mismo mar infinito del que yo procedía.

Frente a mí pude divisar una bahía singular que me devolvía a un momento remoto de mi memoria. No sabía cuando ni dónde ocurrió, pero no dudaba haber estado antes allí, solo que el recuerdo que ahora emergía de las profundidades del olvido me empujaba violentamente a seguir la estela que se presentaba ante mí, sin permitirme siquiera pensar cuál era el objetivo. Solo sabía que debía navegar sin descanso hasta descubrirlo.

Contando con el valor necesario para dejar apartada la duda, pude hablar con ese otro Él que tiempo atrás había amado y que todavía no había olvidado. A pesar de que habían transcurrido mucho tiempo desde que nos abandonásemos el uno al otro, no era desconocido para mí, ni yo para él, ya que no había pasado demasiado tiempo desde la última vez que yo me había adentrado en lo más profundo de mis sentimientos para aceptar que no nos faltaba ni un ápice de la pasión necesaria para hacer converger nuestras almas.

Y aunque todo el acontecer de mi particular universo durante los últimos tiempos podía definirse por mi soledad, en ese preciso momento ni siquiera hicieron falta las palabras. Aquel era mi sueño, y consciente de ello sólo yo podía controlarlo, aun siendo consciente de la irrealidad pasajera del momento, las palabras, incluso las más sencillas, estaban de más en aquel lugar de ensueños.

Solo fue necesario una mirada para que la antigua sombra, transfigurada en faro de brillo eterno, se acercara hasta posar sus manos sobre las mías. Nuestras miradas, perdidas la una en la otra, se comunicaban a la perfección mediante signos desconocidos para ambos, pero plenos de significado, hasta que decidieron dejar su lenguaje silencioso para permitirnos acercar nuestros rostros y posar levemente, con el miedo de la primera vez, nuestros labios.

La alameda junto al río que había sido testigo de nuestros primeros besos, los primeros abrazos, las primeras palabras ... Los primeros paseos, apoyados en la mano y el hombro de su ternura, resucitaron en mí la esperanza, acallaron los temores que las estrellas habían profetizado tiempo atrás, y nos permitieron disfrutar de la inmortalidad presente en el delirio onírico de un pasado tan eterno como el de toda la humanidad.

